

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PANORAMA MUNDIAL

LOS INTERPUESTOS

EN el panorama internacional aparentemente tan confuso, juegan papel creciente, que añade a la oscuridad más complejas tinieblas, los factores interpuestos. Me refiero a las gentes, países, gobiernos, empresas, grupos, que en realidad actúan al servicio de otros intereses que los aparentes que simulan defender. En el estricto problema de las relaciones interestatales puede verse este juego en las varias zonas de alta tensión que centran la atención sensacionalista. Si observamos por dentro la crisis del Oriente Medio, surge inevitable el problema de quién rearma con ingente artillería, elementos acorazados, sistemas electrónicos de protección, cohetes dirigidos y aviación modernísima al destruido ejército egipcio después de la guerra de los Seis Días. La presencia militar de la Unión Soviética en una de las márgenes del Canal es tan obvia que no merece la pena de insistirse sobre ella. Si parece en cambio interesante averiguar las razones de esta «inversión» guerrera en la R.A.U.

¿Qué busca Rusia en estos parajes? ¿La solidaridad del mundo árabe o islámico? ¿Dividendos de propaganda comunista en el Norte de África? Más realista y aproximado sería pensar que lo que de verdad desean los dirigentes de Moscú es abrir el Canal de Suez al tráfico marítimo. Y no por motivos altruistas o filantrópicos que sirvieran al interés del comercio internacional. Sino por razones estratégicas puramente soviéticas en tanto que ello daría enorme movilidad a las flotas de guerra rusas del Mar Negro, del Mediterráneo y del Extremo Oriente, hoy, prácticamente, sin contactos efectivos directos a causa del bloqueo del Canal.

Si Moscú lograra con su presión militar obligar a la negociación para la apertura de esta vía marítima, se vería ceder visiblemente su interés hacia todo el resto del programa político que el Gobierno de Sadat y sus aliados desean llevar a cabo en sus reclamaciones contra Israel. Añadir a este pequeño análisis que las fuerzas armadas de Tel-Aviv están inspiradas en su estructura y formación, y en gran parte equipadas, por los Estados Unidos, es sentar otra evidencia. He aquí un típico ejemplo de naciones interpuestas que sin perjuicio de sus legítimos y nobles aspiraciones e intereses, llevan a cabo un duelo dialéctico —que puede acabar siendo una lucha armada— en que las voces en litigio recitan papeles que dimanen en su origen en Moscú y en Washington. Los pequeños se pelean y amenazan, en nombre de los grandes, que bloqueados a su vez por el terror nuclear no son capaces de salir del «impasse» ni del obligado equilibrio de unas superpotencias atenazadas por su propio gigantismo.

En el subcontinente indico, otra disputa convertida en guerra abierta revela también el problema de los interpuestos. Allí, la compleja y difícil geografía política pakistani dividía un país soberano en trozos distantes entre sí más de mil millas, con subproblemas raciales y religiosos de enorme y caliente pasión. Realmente la tensión indo-pakistani es endémica y data de la originaria partición del inmenso dominio británico, al establecerse la independencia habiendo estallado en conflicto abierto en dos ocasiones previas desde 1947. A la problemática actual de los odios fronterizos no es ajena la política británica del virreinato, incluida la del propio Lord Mounbatten, gran artífice del dividir para reinar. Pero no bien iniciado el conflicto abierto, Rusia y China esta vez se afrontan públicamente en las Naciones Unidas en términos y formas inenarrables, llenándose de mutuos improperios en nombre, según parece, de la unidad marxista. Bajo cuerda, la Unión Soviética, cuya influencia en el subcontinente es creciente y que ya intervinó como mediadora en la guerra anterior de Cachemira, juega en esta ocasión a fondo la carta india, aunque públicamente no reconozca a la Bengala libre todavía, por razones diversas y complejas que van desde la frontera común con el Pakistán hasta las motivaciones políticas e ideológicas internas de la flamante y casi nonnata República.

Pero China no ha permanecido indiferente y ha declarado su violenta y total solidaridad con el Pakistán, atacando en el foro de la O.N.U. a la India, para enfrentarse con Rusia. China ve en la intervención soviética un peligro de envolvimiento territorial de su propio Imperio por el flanco sur. Y así se plantea otro problema de interlocutores o combatientes interpuestos en que las dos grandes potencias comunistas parecen dispuestas a luchar hasta el último pakistani o hasta el último indio, en defensa de sus nacionalismos propios.

El Vietnam nos ofrece otro caso candente de división de un país al servicio de intereses ajenos, americanos y rusos. La partición geográfica de Corea con su paralelo 38 sentó en su día el precedente de estas dicotomías teóricas de aficionados a la geometría esférica, como si un país vivo pudiera partirse como un queso. En realidad son residuos diplomáticos de otras épocas como la del meridiano de Tordesillas o la distribución colonial de África llevada a cabo en el siglo XIX por las grandes potencias europeas con cartabón y regla sobre el mapa en los despachos oficiales de Londres, Berlín y París.

En esto de los países interpuestos, ocurren episodios curiosos y sorprendentes, pues cuando se cambia la regla fundamental del juego ocurre como en las matemáticas no euclidianas,

en que las paralelas pueden cortarse sin llegar al infinito. Hasta ahora, en Asia sobre todo, la lucha de las superpotencias se limitaba a dos; Norteamérica y Rusia. Al reconocer Washington al Gobierno de Pekín —que a eso equivale el viaje de Nixon a la capital china— la regla de dos se ha convertido en regla de tres. Y en ese ámbito tripartito, los problemas son distintos y mucho más complejos. Por eso, los Estados Unidos han podido coincidir con China en el problema indo-pakistani, enfrentándose, en cambio, con Rusia, que apoya a Nueva Delhi. Los interpuestos son ahora países que hacen el juego a dos de los grandes contra el tercero. Y también se da el caso de que una típica nación interpuesta como Formosa, sostenida por los Estados Unidos y económicamente también por el Japón frente a la China de Mao, sea prácticamente abandonada por el poderoso que la maneja, cuando éste decida dialogar y entenderse con la otra potencia a la que desafiaba de un modo permanente con su sola presencia isleña frente al inmenso continente, protegida por la VIII Flota. En ese dramático episodio también han fallado muchos de los votos «interpuestos», en las Naciones Unidas que han inclinado la balanza, no ya para admitir a la China popular, sino par expulsar a Formosa de la organización. ¿Fallo o «combinación»? ¡quién lo sabrá! Lo cierto es que para el viaje próximo del presidente Nixon la exoneración de Taiwan no ofrece sino ventajas, el eliminar de golpe, quizás, el más arduo de los temas del diálogo inicial con el dictador rojo, en la Ciudad Prohibida.

El tema se extiende a muchos aspectos más. Los entrometidos al servicio de las grandes potencias se encuentran no sólo al nivel de países sino, también en otras esferas, de tipo económico, por ejemplo. Pienso en la gigantesca constelación de las empresas multinacionales últimas formas del neocapitalismo moderno con múltiples ramas y frutos pero una sola savia dominante. ¿Hasta qué punto no es en torno a ellas donde se desarrolla la decisión de los actuales problemas monetarios? Cuando tanto se habla, por ejemplo, de las consecuencias que ha de tener para el Japón industrial y exportador la drástica revalorización del proteccionismo norteamericano ¿no se olvida el considerable porcentaje de las industrias de vanguardia japonesas que están en realidad en manos de los grandes consorcios de los Estados Unidos?

Acaso en el mundo actual haya demasiados antifaces para seguir la comedia. El público empieza a impacientarse y a reclamar menos farsa y más sinceridad.

José María DE AREILZA

LA CORBATA, COMO EMBLEMA

VESTIR AL DESNUDO

LA incorporación de los representantes de Mao viene a ampliar, todavía más, la ya curiosa variedad de indumentarias que se concentra en la ONU. Las fotos de prensa nos han facilitado la imagen de los diplomáticos chinos: unos trajes austeros, iguales, con algo intermedio entre la guerrera y la blusa, abotonados hasta el cuello. Era lo que faltaba. En aquel distinguido casino internacional, desde luego, predomina el vestido «típico» de Occidente; pantalones de tubo, americana —no en balde se llama «americana»—, camisas de tejido regular. A lo sumo, algún delegado se permite cierta fantasía en las prendas secundarias, según parece: calcetines, pañuelos, corbatas. Pero nadie abusa. De todos modos, la presencia del Tercer Mundo tuvo que añadir «vistosidad» a la pululación diplomática, y así ocurrió a medida que fue creciendo. Las salas de sesiones se animaron con chilabas, mantos, turbantes, pieles, pantuflas. Creo que no se ha llegado al extremo del taparrabos y de los plumajes; quizá por razones de clima y de comodidad. A los colores de las caras se superpusieron los colores de las telas, y, además la pluralidad de la sastrería y del tocado. Y ahí estamos. Ciertamente, y los hombres de la China Popular lo corroboran y matizan a su manera: con el modelo humilde, casi monástico, despersonalizado.

Lo de la ONU no pasa de ser un detalle, y, en definitiva, no demasiado sintomático. La vía pública de cualquier ciudad medianamente afecta a las ventajas del consumismo y a las iras del anticostumismo, e incluso las aldeas con teleclub, nos colocan ante la evidencia abrumadora de un vestuario cada vez más abigarrado y complejo. Me refiero, ahora, al de los hombres. Porque las mujeres, desde siempre, han gozado el privilegio de adornarse a su arbitrio, con cintajos y perifoneos; la «moda» fue cosa «sola» para ellas. Ellas vivían pendientes de sus «trapos», y la industria y el comercio confiaba en esta eventualidad. Por supuesto, los varones no dejaban de participar en el juego: algunos varones, al menos. En todas partes y en todas las épocas, hubo un sector masculino tiernamente propenso a la coquetería o a la suntuosidad. Por un lado, iban el dandy

y el tenorio. Por el otro, las personas que disfrutaban de determinada jerarquía social. Los «cuerpos» de oficio singularizado se visten de acuerdo con unas «formas» asimismo singulares, y dentro de cada «cuerpo» el escalafón se refleja con ornamentos estipulados. Hasta hace poco, un clérigo de misa y olla llevaba una sotana negra y corriente; los beneficiados y los canónigos se ponían ribetes, mucetas o borlas, de tintes alegres; los obispos y los abades empleaban mitras, pectorales, telas egregias; los cardenales iban por la púrpura; el Papa, de blanco. Es un ejemplo. Las magistraturas civiles y militares tenían y tienen sus sedas, sus galones, sus bordados. Y los «uniformes», en sentido estricto —el del guardia de tráfico, el del bombero, el del recluta—, también habrían de ser tenidos en cuenta.

Bueno: tal vez, la alusión a los «uniformes» podría ser olvidada. El traje, en la hipótesis del urbano o del soldado, no enuncia un «status», sino una simple necesidad de la ocupación. Pero lo habitual, en el área europea y sus colonias —en el grado en que las colonias se colonizaron—, era que los machos de la especie humana cubriesen su cuerpo sin excederse en las virguerías. Al fin y al cabo, el traje no es más que una funda textil o de peletería que sirve para preservar nuestra anatomía del impudor y de la inclemencia del tiempo. En especial, de la inclemencia del tiempo. Obsérvese que, en cuanto «pueden», la gente se desviste —en las playas, en los escenarios frívolos, en las exhibiciones picantes—: los Apolos y los Hércules entran en el circuito de la desnudez voluntaria. Sea como fuere, uno se viste para ocultar sus vergüenzas, para no avergonzarse de un físico deplorable, y para abrigarse. Lo cual no tiene nada que ver con faralaes, lentejuelas y ringorrangos: taparse es taparse, y para hacerlo bastan unos paños cosidos, unas mangas, unas perneras. La solución depende de las circunstancias, y el esquimal y el zulú tienen problemas distintos. En la Europa circunspecta y diéctica, la cosa fue «normalizándose» con la evolución técnica del telar: al mecanizarse el artilugio, la tela se abarató, y las multitudes pobres, o poco ricas, aprovecharon la ventaja. Más allá de la rueca y de la lanzadera manual, los tejidos se democratizaron. La contrapartida fue que todos tenían que «vestirse» aproximadamente de manera semejante.

La monotonía del vestido masculino se hizo

aburrida. Más aún con la expansión de las tiendas de «confecciones». Y surgió el deseo de evitarla. No ya por el viejo escrúpulo de la «distinción», sino sencillamente porque sí. La repulsa empezó con los jóvenes. De unos años a esta parte, los muchachos plantan cara al «ordenancismo» industrial. No será imprescindible invocar el caso exasperado de los «hippies» o de los clientes de «boutiques» y encantos. Estos se meten, sobre la cabeza, el tronco y las extremidades, lo que se presente; randas, pasamanería, hebillas barrocas, cintajos, amuletos, estampados alucinantes. No vacilan en acudir a los desechos; casacas de ejércitos perdidos, pingajos antiguos, emblemas caducados. El venerable concepto de la «elegancia» les parece grotesco. La juventud urbana «integrada», si no les imita, traduce a su estilo —a su «integración»— la misma inquietud vestimentaria. Se diría que, a su nivel, «vestirse» es una forma de «aventura» individual y desembarazada. No mucha «aventura», evidentemente, ya que el repertorio de opciones suele quedar condicionado por los fabricantes y por su publicidad. En definitiva, la monotonía subsiste como amenaza. Los chicos del proletariado, antes, se ponían una «granota»; ahora llevan «vaqueros» y camisolas de fibra sintética que, bien mirado, son tan «iguales» entre sí como lo eran las «granotas». El ropero del día de fiesta posee una limitación paralela. Pero la sensación de «escoger» es mayor, en apariencia. Me temo que, en el fondo, se trata de «ideologizar» el asunto, para que el mocerío crea que, al menos, dispone de la «libertad» de vestirse como le dé la gana...

De hecho, el contraste sigue en pie. Pongamos los nuevos chinos de la O.N.U., o bien el faldellín de hojarasca que se ciñen las emancipadas tribus tropicales. Es fácil reírse de las vestiduras —investiduras y desvestiduras— de la población preindustrial. Los sayales maóistas, los lienzos búdicos, los gorros de los morabitos, nos parecen ridículos en su desfachatez pintoresca. También nosotros somos pintorescos a los ojos de ellos. «¿Cómo se puede ser persa?», preguntaba irónicamente Montesquieu. ¿Era Montesquieu? Equivalía a insinuar el interrogante simétrico, desde el ángulo «persa»: ¿Cómo se puede ser occidental? En realidad, no hace falta ser «persa» para advertir que tenemos el pintoresquismo dentro de casa. Una revista de modas o de alta sociedad, a menudo, nos deja perplejos. Sus ilustraciones hacen pen-

sar, «mutatis mutandis», en el pintarrajeo facial de un congolés paleolítico, en las plumas de un jefe indio de película del Oeste, en los lujos del Marajá de Kapurtala, en los emires del petróleo enemistado con la Goida Meir. Todo es relativo, sin duda. Esta ajada convicción «liberal» todavía no ha sido invalidada. Hablar de «relativismo» sería, con todo, poco honesto: algo así como dar por sentado que el vecindario entero del planeta es homogéneo y que, si «discrepa», es por gusto o por empecinamiento folklórico. Y no. Los embajadores en la O.N.U. con «traje regional», al fin y al cabo, hacen una afirmación «política» al aferrarse al atuendo indígena...

Una conclusión previsible es que, a la larga, todo eso está destinado a decaer y a evaparse. No tardaremos en ver que los funcionarios de Mao, residenciados en la O.N.U., salgan a la palestra con la fastidiosa corbata del neocapitalismo. Uvas más verdes han madurado. Las recepciones y las «public relations» tienen sus exigencias. O su ritual, si se quiere. Más bien eso: su ritual. Probablemente, ahí radica la explicación: al «vestirse», en parte, ya participamos en una liturgia. El frac o el terno bien entallado es como una capa pluvial, la camisa almidonada hace las veces de amito, y una chaqueta de almacén es la dalmática de una ceremonia burocrática. De alguna manera hay que decirlo, si ustedes lo permiten. La «vida social» impone sus reglas, y en el vestir como en lo demás. Y, para acabarlo de arreglar, tampoco hay que ignorar esto: Occidente es el futuro. Que nadie se engañe: los vestidos, las filosofías, las rutinas, las máquinas, incluso las pelucas de los jueces británicos, se convierten en «módulo» de las sociedades anexas. Japón se occidentalizó. Del hara-kiri a los transistores perfectos, del samurai a la eficiencia de su moneda, hay una distancia clara. Se occidentalizará la China de Mao: no tiene más remedio. Su esfuerzo actual va por ahí. Y entiéndase por Occidente lo que hay que entender: no los trops literarios de Sócrates, del gótico o de Mozart, incluyendo la Escolástica o la Declaración de los Derechos del Hombre, sino un tipo muy concreto de eficacia material, que en Europa nació, que Europa exportó y que Europa quizá ya no está en condiciones de dirigir. O sea: la corbata, como emblema.

Juan FUSTER

RADIO CRAYWINCKEL 26 ANIVERSARIO

desea a sus distinguidos clientes, amigos y proveedores unas muy FELICES NAVIDADES y próspero AÑO NUEVO

CRAYWINCKEL, 17 Tel. 247 46 89 — MUNTANER, 350 Tel. 211 34 20

¿NO VE UD BIEN?

Compre sus gafas en

ÓPTICA CLARAMUNT

PINO, 6

LUZMUEBLE, S. A.

Avda. Miraflores, 124
Avda. Torrente Gornal, 44 bis
Hospitalet de Llobregat

Desea a todos sus clientes y amigos unas felices Navidades y un venturoso Año 1972

LA DIRECCION